

ERICA RUTH NEUBAUER

INTRIGA EN ESTAMBUL

Traducción de:
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR

*Para Zoe Quinton, Katie y Trevor.
Más que a nada en el mundo.*

1

DESPUÉS DE TANTOS meses en el extranjero, me resultó algo surrealista volver a Boston, mi ciudad. Las calles bullían de actividad, como siempre, y allí nada parecía haber cambiado, al contrario que yo. Me había convertido en una persona muy diferente de la que había partido hacia Egipto. No solo eso, sino que también regresaba a casa con un hombre para presentárselo a mi padre, algo que jamás habría creído que sucedería una segunda vez.

Y, sin embargo, allí estábamos.

Habíamos viajado en tren desde Nueva York después de pasar varios días en la Gran Manzana, y luego habíamos pedido un taxi en la estación. Tenía muchas ganas de pasar unas cuantas jornadas sin el ajetreo constante del viaje, y también de enseñarle Boston a Redvers. Él ya había estado muchas veces en la ciudad, pero decía que le apetecía verla a través de mis ojos. Quería llevarlo a mi parque preferido, a la pequeña panadería donde solía tomarme un café mientras veía pasar el mundo y a un millar de sitios más que frecuentaba cuando estaba en casa.

Primero, no obstante, debía presentarle a mi padre. Estaba emocionada y a la vez nerviosa ante la perspectiva de que se conocieran; sentía curiosidad por saber qué pensaría cada uno del otro. ¿Aceptaría mi padre a Redvers y su misteriosa profesión? ¿Encontraría Redvers adorable a mi despistado pero afable padre?

El taxista ya había descargado los baúles y las maletas en la acera, y suspiré al pensar que tendríamos que cargar con ellos hasta la casa. Mi padre contaba con ama de llaves, pero no disponíamos de más servicio que ese, así que la tarea de llevar el equipaje recaería sobre nosotros. Saltaba a la vista que me había malacostumbrado después de hospedarme en tantos alojamientos donde se ocupaban de esas cosas por mí.

Nuestra casa formaba parte de una larga construcción de ladrillo rojo, una serie de adosados que se extendían a lo largo de la estrecha calle iluminada por farolas de gas. Las ventanas blancas estaban protegidas por postigos negros, y las distintas puertas de entrada se encontraban a niveles ligeramente diferentes unos de otros debido a que las casas se habían construido siguiendo la pendiente ascendente de la colina. Se trataba de una zona histórica para baremos estadounidenses, aunque en modo alguno para los europeos. La calle estaba pavimentada con adoquines, que me seguían pareciendo encantadores a pesar de haber crecido allí y de que resultara algo complicado caminar sobre ellos; era fácil que se te quedara atascado el tacón. Nos encontrábamos justo en la linde del moderno barrio de Beacon Hill, donde vivían muchos de los más ricos y poderosos de la ciudad. Sin embargo, puesto que nosotros no éramos ni lo uno ni lo otro, disfrutábamos de la paz de nuestra modesta calle.

Ya tenía las llaves en la mano, así que abrí y empujé la puerta de entrada.

—¿Padre? ¡Ya estoy en casa! —exclamé hacia el silencio del interior.

No hubo respuesta.

—¿Sabía que venías? Quizá haya salido —dijo Redvers a mi espalda.

Entré del todo y asomé la cabeza. No se oía nada de nada, lo único que se percibía era un silencio insondable. También noté que el aire estaba algo rancio, como si no hubieran ventilado en

una buena temporada. Eso era extraño de por sí, puesto que el ama de llaves solía pasarse varias veces a la semana y, en cambio, daba la sensación de que allí no entraba nadie desde hacía tiempo.

Era raro, pero nada parecía estar fuera de lugar, así que por el momento arrastramos los baúles y demás piezas de equipaje al interior y los dejamos en el pequeño vestíbulo. Aproveché la oportunidad para enseñarle la casa a Redvers, empezando por el acogedor salón donde había pasado incontables horas leyendo junto al fuego. Él lo contempló todo sin hacer ningún comentario, hasta que llegamos al retrato enmarcado de mi madre que había en la repisa de la chimenea.

—¿Esa era tu madre? —preguntó entonces.

Asentí con la cabeza y me acerqué a él.

—Veo el parecido —dijo.

Me reí.

—Es muy amable por tu parte, pero me parezco mucho más a mi padre.

—Para poder juzgar eso, antes tendré que conocerlo. —Redvers hablaba con un tono informal, pero era un hombre observador y yo sabía que estaba analizándolo todo.

También sabía que ambos nos preguntábamos dónde narices se había metido mi señor padre. No había nada fuera de lugar, pero reparé en que una fina capa de polvo cubría todas las superficies, lo cual no solo significaba que mi padre estaba ausente desde hacía un tiempo, sino que también el ama de llaves, la señora George, hacía días que no pasaba por allí.

No obstante, había otra cosa que despertaba mi curiosidad, así que incliné la cabeza hacia Redvers.

—¿Y tú a quién te pareces? —pregunté.

Jamás había visto una fotografía de su familia y de repente se me hizo extraño, puesto que iba a entrar en ella mediante el matrimonio.

Mi prometido se encogió de hombros con naturalidad y, al igual que había hecho antes mirando el retrato, clavó sus ojos en mí con una sonrisa cariñosa.

—Según me dicen, tiro más hacia mi padre, pero ¿quién sabe?

—Yo, supongo. Cuando lo conozca.

Aunque ignoraba cuándo sería eso, porque todavía no habíamos hablado de viajar a su localidad natal para conocer a su padre. Sabía que el núcleo familiar de Redvers se reducía tan solo al hombre, ya que su madre y su hermano habían fallecido años antes; cuando llegara el momento, la reunión que tendríamos sería pequeña.

—Aún queda mucho tiempo para eso —repuso él, y me estrechó en un cálido abrazo.

Nos separamos unos instantes después y continué con el recorrido para enseñarle el comedor y asomarnos a la cocina antes de llegar a mi estancia preferida de la casa: la biblioteca, que también hacía las veces de despacho de mi padre. Las paredes estaban forradas de libros de los géneros y tamaños más dispares. Literatura e historia compartían estantería con novelas modernas y textos antiguos. Aquello era un auténtico batiburrillo, y me encantaba.

Tomé asiento en la silla que había tras el gastado escritorio de madera, que estaba cubierto de papeles desperdigados, algo que no era nada nuevo. Sí lo eran, sin embargo, los montones de correspondencia por abrir. Me puse a rebuscar distraída entre los sobres, preguntándome dónde se encontraría mi desaparecido padre y por qué la señora George, a juzgar por el polvo, no había ido por lo menos en una semana a la casa.

Mientras los comprobaba, de pronto reparé en que había muchos del banco. Fruncí el ceño y miré a Redvers, que estaba curioseando por las estanterías sin decir nada. Busqué un poco y, tras encontrar el abrecartas de mi padre, abrí un sobre para

sacar la carta y leerla por encima. Las palabras «plazo de pago» y «ejecución hipotecaria» me llamaron la atención, así que respiré hondo y decidí leer la notificación de principio a fin. Como empezaron a saltarme todas las alarmas, abrí otro sobre, y luego otro más.

—¿Va todo bien? —preguntó Redvers.

Alcé la mirada con una expresión de preocupación más que evidente.

—Aquí hay un montón de comunicados del banco. —Señalé la serie de sobres que tenía delante, abiertos ya—. Parece que mi padre pidió prestada una gran cantidad de dinero con la casa como aval, y ahora el banco le exige que lo devuelva.

Un ceño fruncido ensombreció la frente de Redvers.

—¿Para qué querría tanto dinero?

—No tengo la menor idea, pero parece que solo quedan unas semanas de plazo para pagar antes de que ejecuten la hipoteca.

Noté que me invadía el pánico, pero logré contenerlo.

Seguro que aquello tenía una explicación, y seguro que encontraríamos a mi padre a lo largo del día, conseguiríamos que devolviera el dinero y todo acabaría bien. En cuanto eso estuviera solucionado, Redvers y yo podríamos continuar con nuestra apacible estancia en Boston.

—¿Por qué no habrá hecho caso de las notificaciones?

Negué con la cabeza.

—No ha abierto ni una sola, y algunas parecen llevar aquí bastante tiempo. Mi padre es un poco... despistado. Durante años, la que se ha encargado de llevar las cuentas he sido yo.

Normalmente también me ocupaba de la correspondencia y, bueno, de todo lo demás. Mi padre daba sus clases en la universidad y solía abstraerse en su trabajo de investigación. Me había inquietado un tanto dejarlo solo mientras yo me iba de viaje con su hermana, mi tía Millie, pero la señora George me había asegurado que todo iría bien.

Redvers, sin embargo, había hecho una pregunta importante: ¿para qué había necesitado mi padre tantísimo dinero? Era una cantidad tan elevada que, por lo visto, de pronto corríamos el peligro de perder la casa. ¿Cuánto hacía que lo había pedido prestado y qué había hecho con él?

2

EL RAUDO REGISTRO del resto de la casa no nos desveló mucho más, salvo que el viejo y destartado baúl de mi padre no estaba allí. Solo podíamos elucubrar adónde habría ido, aunque pensé que valía la pena acercarnos a ver a la señora George para averiguar lo que sabía sobre el paradero de mi padre. Si su baúl no estaba, eso implicaba que había salido para hacer algo más que una excursión de un día, así que el asunto del banco no iba a resolverse tan deprisa como había esperado en un principio.

De hecho, el banco sería nuestra primera parada, de modo que salimos para llegar dando un paseo. Se encontraba a solo unas calles y, después del largo trayecto en tren, me alegró tener la ocasión de estirar las piernas, aunque hacía un día algo fresco. Finales de noviembre no era la época del año más agradable en Nueva Inglaterra, si bien el clima tampoco era mucho más benévolo en la Inglaterra original. Además, con mis guantes de piel, el casquete de lana y la chaqueta iba bastante bien protegida contra el viento cortante.

Los árboles estaban casi pelados, y las pocas hojas secas que se veían en las estrechas aceras pasaban volando junto a nuestros pies mientras avanzábamos hacia la plaza donde se encontraba el banco. Solté el brazo de Redvers en cuanto cruzamos la puerta para entrar en el vestíbulo, aunque se mantuvo muy cerca, detrás de mí.

—Buenos días, señora Wunderly —me dijo el empleado del mostrador.

Yo no recordaba su nombre, pero le correspondí con un saludo afable.

—¿Qué puedo hacer por usted? —añadió después.

—Tengo algunas preguntas sobre un préstamo que pidió mi padre. ¿Con quién podríamos hablar?

—Creo que con el señor Whitaker. Veré si está disponible.

El empleado dejó su puesto tras el mostrador y se dirigió a un despacho, llamó a la puerta y se asomó dentro. Tal vez me lo pareciera a mí, pero creí ver que la amabilidad del hombre había quedado empañada por cierta preocupación en cuanto había mencionado el préstamo, aunque seguramente eran solo imaginaciones mías.

De todos modos, tenía los nervios a flor de piel cuando nos acompañó al despacho del señor Whitaker apenas unos momentos después, y ni siquiera la reconfortante mano de Redvers en mi espalda consiguió calmarme.

—Señora Wunderly —me saludó el señor Whitaker, tras lo que lanzó una mirada cargada de intención a mi compañero.

—Este es el señor Redvers, mi prometido —dije.

De reojo, vislumbé una sonrisa en su rostro; era la primera vez que lo presentaba como tal. Y pareció también tener el efecto deseado, que era el de tranquilizar al señor Whitaker.

—Ah, estupendo. Un placer, señor Redvers.

Se estrecharon la mano y luego nos sentamos en las sillas de madera que había frente al escritorio del hombre. Era un despacho bastante práctico: en la pared colgaba un viejo mapa de la ciudad, pero poco más había aparte de eso. Whitaker entrelazó las manos sobre el ordenado escritorio y me miró con serenidad.

—Supongo que habrá venido a hablar del préstamo que pidió su padre.

—Así es. Acabo de regresar a casa y no sabía nada al respecto. —No conocía a Whitaker de antes, pero todos los trabajadores del banco estaban al tanto de que yo solía ocuparme de los asuntos de la familia. Esperaba que el hombre conociera los detalles—. ¿Me ha parecido ver que vamos retrasados con el pago?

Whitaker asintió con tristeza.

—Me temo que el profesor Wunderly no ha intentado pagar ni siquiera un plazo, de manera que ahora nos vemos obligados a exigir la devolución de la cantidad total, o bien a quedarnos con la propiedad de la casa, puesto que se usó como aval.

—¿Y qué cantidad en concreto solicitó el profesor Wunderly? —preguntó Redvers.

—Casi noventa mil dólares.

Me quedé sin respiración. Sabía que sería una suma elevada, pero aquello era astronómico. No me extrañaba que el banco fuera a quedarse con la propiedad.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer? —quise saber.

Sentí la desesperación en mi propia voz. No teníamos semejante cantidad de dinero ni por asomo, pero tampoco quería perder la casa. No solo había crecido allí, sino que era el lugar que contenía todos los recuerdos que me quedaban de mi madre.

El señor Whitaker negó con la cabeza. Noté que no le gustaba darme la noticia, pero eso no me servía de consuelo.

—Me temo que no. Podría concederle una semana extra, tal vez, pero es lo único que me está permitido a estas alturas.

Intenté no dejarme llevar por el pánico.

—¿De manera que tendríamos tres semanas, entonces? ¿Y podríamos hacerle una transferencia con el dinero?

Si conseguimos localizar a mi padre, tal vez pudiéramos recuperar el dinero y devolvérselo al banco lo antes posible.

—Desde luego.

Redvers intervino de nuevo.

—¿Sabe usted por casualidad para qué quería el dinero el profesor Wunderly?

Whitakerladeó un poco la cabeza.

—Lo cierto es que no. Se mostró bastante misterioso acerca de todo este asunto.

Separó las manos y dio unas palmadas en la superficie de la mesa. Lo tomé como señal de que allí ya habíamos terminado.

—Gracias por su ayuda, señor Whitaker. Se lo agradezco, y también esa semana extra.

—Ojalá pudiera hacer más por ustedes, señora Wunderly, señor Redvers.

El hombre se puso de pie y nosotros seguimos su ejemplo. Salimos del despacho y, tras despedirnos del amable empleado con un gesto de la mano camino de la puerta, nos encontramos de nuevo en la acera.

Me volví hacia Redvers.

—Tres semanas. Solo disponemos de tres semanas para encontrar a mi padre, recuperar el dinero de donde quiera que lo haya metido y enviárselo al banco.

—¿Y no podrías pedírselo a tu tía?

Apenas sopesé esa opción un instante. Haría todo lo que estuviera en mi mano por resolver la situación sin tener que pedirle a la tía Millie que nos sacara del apuro. Era probable que dispusiera de los fondos necesarios para salvar nuestro hogar, pero mi padre tendría que escuchárselo toda la vida, igual que yo.

—Esperemos no tener que recurrir a eso.